

DOCUMENTO DE TRABAJO.

LOS AMANTES.

MOURÃO-FERREIRA, DAVID.

Cita:

MOURÃO-FERREIRA, DAVID (2000). *LOS AMANTES*. DOCUMENTO DE TRABAJO.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/carlospasero/16>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pfhd/9Ru>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

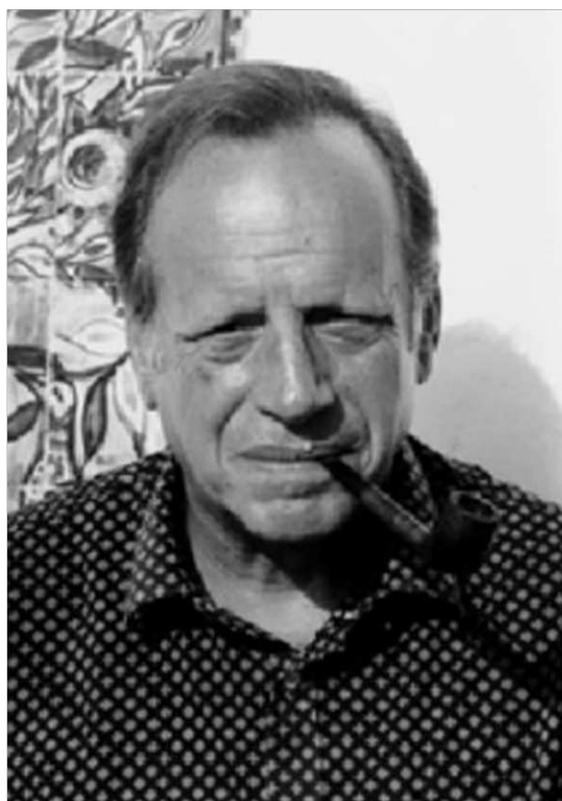
Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

DAVID MOURÃO-FERREIRA
(Lisboa, 1927-1996)

LOS AMANTES

(cuento)

Traducción: Carlos Alberto Pasero (UBA)



Arde, en medio del hogar, un fuego retorcido de raíces secas. Tu cuerpo en mis manos, frente a la lumbre, va sirviendo de modelo al movimiento de las llamas. Seguro que a ti misma te sorprende el baile que improvisas, el caleidoscopio de figuras que inventas, las súbitas formas en que te expandes y multiplicas, en que te anulas y recompones.

No hace todavía media hora que golpeé a tu puerta. Fue una idea excelente; fue la mejor idea que podía ocurrírseme. Cuando vi que estaba todo perdido, que los otros se encontraban cercados, que la rebelión había fracasado miserablemente, sólo tuve la preocupación de abandonar las inmediaciones del cuartel y de ponerme a salvo lo más rápido posible: eran inútiles heroísmos inútiles. Pero los refuerzos de la guardia, que había llegado mientras tanto, ya interceptaban casi todos los caminos. Aun a cubierto de la noche, no fue nada fácil alcanzar este extremo de la ciudad. Tuve suerte, a pesar de todo: sólo aquí cerca una patrulla me mandó detenerme. Me hice el desentendido, me lancé a la carrera, y tropecé, caí, volví a levantarme, a la vez que las balas silbaban en torno de mí. Hubo un momento en que estuve a punto de desistir: cuando caí por segunda vez. Pensé inclusive que alguna bala me había alcanzado, que era ese mi último instante. Pero de repente recordé que vivías aquí; y fue lo que me dio fuerzas para continuar.

¿Cómo fue que tan pronto nos quedamos desnudos frente al fuego? Hacía meses y meses que no nos veíamos. No espera siquiera volver a verte. Tus terrores parecían haber envenenado las últimas semanas de nuestra relación. Tal vez la culpa haya sido mía: fue imprudente haberte dado a entender la conjura en que estaba comprometido. Pero precisaba que tú supieras; y que supieras que era por ti, sobre todo por ti, que yo había decidido contribuir a liberar la gente de tu raza, de la raza de tu madre.

Ahora parece haber comprendido. Y estuviste admirable: no preguntaste nada; pero debes haber adivinado todo. Apenas me viste llegar, todo sucio y cubierto de barro, me condujiste enseguida hacia aquí, apagaste las luces, encendiste el hogar -y en un instante nos encontramos en los brazos uno del otro, como si nada más existiera en todo el mundo.

Es extraño, y tal vez sea monstruoso: lo cierto es que no existe nada más. Ni la suerte de mis compañeros me preocupa, ni siento remordimientos por haber dejado de pensar en ellos. En cuanto a lo que habrá pasado en los otros cuarteles, en las otras ciudades, en el resto del territorio, ¿de qué me vale preocuparme por eso? Me parece que la fiebre de las últimas horas y la ansiedad de los últimos meses retrocedieron de repente hacia lo lejos. Cerca, más cerca, gigantescamente ampliado, quedó apenas lo que tú eres.

Vuelves a repetir los gestos que me fascinaban en el *bungalow* de Fred. Vuelves a retraerte y a entregarte de la misma manera, a dejarme en la boca el mismo regusto amargo de orquídea, de sándalo quemado y de bruma salina. Acabas ahora de atraerme hacia ti, vagarosamente a lo largo de ti, en un rítmico movimiento que nadie te enseñó, que retomas siempre con igual cadencia y del que nunca del todo te darás cuenta. Estoy nuevamente mirándote a los ojos, sorbiendo lentamente la leve crispación de tu boca. Comienza el mar a castigarte los costados y a resumir, en pocos minutos, una sonámbula evolución de muchos milenios, convirtiendo en piedra lo que era pez, deshaciendo en arena lo que fue piedra, incorporando cada vez más polvo en el volumen de sus aguas... Pasan mientras tanto por el cielo nocturno cabalgatas de nubes magnéticas; entre las estrellas más lejanas se establecen pactos efímeros; y mueren aves en los pantanos de la Luna, bajo la luz que la Tierra le enviamos. No sé si comienzas a gemir, si es la leña que crepita más fuerte. ¡Luces, luces! Luces sueltas en medio de la oscuridad... Se instala el firmamento en tus entrañas. El émbolo del viento acelera tu ritmo. Tu último gemido, no consigues dominarlo: resbaló en el pavor de ser un grito, se suicida en la curva de mi hombro.

Tus hermanas deben de estar durmiendo en el piso de arriba. Hiciste bien en no gritar: es preciso que no se despierten. ¿Por

cuánto tiempo podrás esconderme aquí? Tengo la seguridad de que nadie me vio entrar, que nadie pensará que estoy aquí.

¡Con que ésta es tu casa! Es más grande de lo que haría suponer la fortuna que ustedes heredaron. ¡Qué curioso es, por estos parajes, el destino de ciertas fortunas! ¡Cómo el oro arrancado a la raza de tu madre vino al final a recaer en ustedes! No te olvides de lo que yo siempre te decía: que permanezcas, por la sangre, solidaria con la raza de los oprimidos; que no te dejes encadenar, por el dinero, a la raza de los opresores... No dudes en negar a tu padre.

¡Qué extraña es la sensación de encontrarme en tu casa! ¡Y que haya sido preciso todo esto para que finalmente yo entrara! ¿Ves cómo fue sencillo, cómo no hubo dificultad alguna? Se diría que estabas esperándome: inmediatamente viniste a abrir, apenas golpeé la puerta: Es probable que hayas oído el tiroteo... Comprendiste enseguida, estoy seguro.

Se esfumaron tus temores: tanto los que te afligían con respecto a mí, como los que siempre a aquí te esclavizaron en relación con tus hermanas. Sé bien que eres la más joven, pero ya no eres ninguna niña. Si hubieras continuado prestándoles oídos, hubieras acabado transformándote en otra seca liana de amargura, en otro haz de nervios traumatizados, a imagen y semejanza de lo

que son ellas. Me siento contento de ver que empezaste a reaccionar, que empiezas a liberarte.

¿Sabes que hasta físicamente has ganado con ello? No calculas qué bien te sienta este comienzo de madurez... Finalmente pareces orgullosa de tu cuerpo, de tu ardiente gracia de mestiza, del tono crepuscular de tu piel, de los anchos y generosos medallones nocturnos que circundan la punta de tus pechos. Y finalmente sobre todo pareces entender lo más importante: que puede compararse contigo ninguna de las europeas que viven aquí.

«Fred, viejo amigo, necesito que me prestes otra vez tu *bungalow* de la playa... ¡No, camarada, discúlpame, no intentes adivinar! No es ninguna fulana del cuerpo diplomático, no es la amante de ningún banquero, no es la hija de ningún general... Es una especie de cenicienta...» Y se oye el mar constantemente. No sé todavía se aparecerás o si a última hora habrá surgido algún contratiempo. La marea está por subir. ¿Serán ya las mareas vivas del equinoccio? ¡Si al menos vinieras! ¡Si no tardaras! En años anteriores, durante las mareas vivas, ya otros *bungalows* fueron totalmente destruidos. Una vez que estés aquí, me importa poco que eso ocurra... Es urgente que llegues primero. Ve bien la exaltación con te aguardo: apenas te conozco por ahora y ya eres la única mujer con la que me gustaría morir. ¡Pero los minutos pasan y la marea sube cada vez más; y las olas estallan cada vez más cerca; y el viento

arroja, contra la ventana, granos de arena, copos de espuma, ¡pequeñas piedras que parecen balas!

Despierto con el cuello y el pecho cubiertos de sudor. ¿Durante cuánto tiempo habré dormido? Unos cinco minutos, cuanto mucho. Me doy cuenta que me dejaste solo, en el gran canapé, frente al fuego, seguramente para que yo pudiera dormir a gusto. En otro tiempo, en el *bungalow* de Fred, te quedabas a veces acurrucada en el piso, encima de la estera, esperando que yo despertara... Pero aquí no hay esteras en el piso: hay gruesos tapetes de fabricación indígena, simétricamente dispuestos alrededor del canapé. Me levanto y dio una vuelta por la sala. Deduzco que habrás ido a tu cuarto o al baño.

La sala, muy amplia, presenta dos polos achatados, en su forma casi circular: uno de ellos es el hogar, el otro, la puerta por donde entré, después de haber atravesado el vestíbulo. Las paredes son blancas; y el techo, blanco también, ligeramente redondeado, parece haber tenido una frustrada vocación de bóveda. Hay algo de exasperante en el contraste de tanta blancura con el tono cargado de los tapetes y de la cubierta del canapé, con el granito percutido de hollín de los bordes del hogar, con la oscura madera encerada de los escasos muebles — dos baúles, dos meses, media docena de sillas — como por acaso anclados aquí.

Encima de una de las mesas campea un viejo aparato de radio; la otra sirve de soporte a un candelabro de hierro de dos brazos, con dos velas en cada uno. Ya es la tercera vuelta que doy por la sala; y sigues sin aparecer. Reparo finalmente en que no hay aquí ninguna ventana. Empiezo a sentirme ridículo por andar así, todo desnudo, girando en círculos. Pero me detengo de repente al escuchar un ruido que no me deja lugar a dudas. Fue en el piso de arriba. Un teléfono. Alguien, en el piso de arriba, acabó de colgar el auricular de un teléfono.

¿A esta hora? ¿Quién habrá estado hablando a esta hora? ¿Será acaso que tú...? No, no puede ser. Pero necesito salir de aquí, saber dónde estás, ir en tu búsqueda. ¿Mi ropa? ¿Dónde está mi ropa? No la encuentro. Estoy seguro, sin embargo, de haberla dejado encima del baúl. ¿Y la pistola? La pistola, ahora me acuerdo, disimuladamente la puse, mientras me desvestía, en la tapa de esa mesa, de esta mesa, aquí al lado del candelabro. También la pistola desapareció.

Son demasiadas coincidencias. Pero no puedo creer que me hayas traicionado, que hayas ido a revelar el lugar donde me encuentro. Arranco, de un tirón, la cubierta del canapé: en ella me envuelvo, como si fuera en un manto. Sólo un brazo me queda libre: agarro el candelabro, vuelvo a dejarlo y voy primero a encender, una a una, en el fuego del hogar, las cuatro velas de estearina. Me dirijo

entonces al vestíbulo, sosteniendo con una mano la cubierta del canapé alrededor del cuerpo, con la otra alzando en el aire este fantasmático haz de cuatro luces.

Pero el vestíbulo tiene dos puertas: una de ella es la que da a la calle. Está cerrada con llave; y reforzada, para colmo, por un complicado sistema de trancas y cerrojos. Corro hacia la otra: ésta, felizmente, se encuentra entreabierta. La empujo con el hombro; y veo que da a un pequeño pasillo, con otra puerta enfrente, igualmente cerrada (debe ser la que conduce al piso superior) y con una escalera de piedra, a la derecha, que indudablemente va a dar al sótano. Al final de dos tramos de escalera, me encuentro con otra puerta, de hierro, pero que enseguida cede a la presión de mi hombro, sin ninguna dificultad.

Estoy nuevamente en una sala circular, de forma y proporciones idénticas a la sala del hogar: hay sin embargo una vitrina en lugar del hogar, una tapa en el piso en lugar del canapé y dos enormes estanterías giratorias a cada lado de la tapa. En la vitrina, suspendido de una percha, se encuentra expuesto un uniforme de oficial: es el uniforme que yo debería vestir de haber triunfado la revuelta.

Pero no es esto lo que más me espanta. Pegadas exteriormente sobre el vidrio, como enmarcando la pintura del uniforme, se

exhiben, a todo lo largo del armario, dos largas tiras de recortes de diarios. Mejor dicho: recortes que hablan de mí. Son noticias recientes y extraídas de la prensa local, casi todas sobre mis anodinas actividades deportivas, en estos parajes tropicales, durante los dos últimos años. Parecen, sin embargo, pegados de prisa; apenas los toco, con uno de los brazos del candelabro, enseguida se sueltan del vidrio y caen a mis pies, dejando entonces al descubierto otras tiras de recortes pegados por el lado de adentro — estos incomparablemente más comprometedores: noticias aparecidas ya en Europa, algunas ahora amarillentas por el tiempo; noticias donde figuro con mi verdadera identidad y con mi rostro verdadero (iya ni sé cuál es más verdadero!), por lo menos con el rostro que yo tenía antes de la operación a la que me sometí; noticias de promociones, nombramientos, comisiones de servicio... Y toda la larga historia del malogrado *putsch* de los Diecinueve, particularmente en lo que respecta a mi caso: la prisión, el proceso, la fuga, la condena en rebelión.

Me acerca ahora a una de las estanterías. Pongo el candelabro en el piso, para observar de cerca los gruesos volúmenes que la rellenan. Concluyo que se trata finalmente de compactos álbumes de fotografías. Enseguida que entreabro el primero, y enseguida a medida que rápidamente lo hojeo, se me revela una serie de circunstancias de mi vida -que nunca soñé que hubieran sido fotografiadas. Aquí estoy yo en la clínica del Dr. Warsz, poco

después de la operación de cirugía plástica: sólo ahora reparo cómo esa enfermera muy morena (¿egipcia? ¿persa? ¿turca?) extraordinariamente se parecía a ti. Aquí estoy yo en una playa que no consigo identificar, contemplando dos muchachas de espaldas, allá a lo lejos, junto a la orilla del mar: parecen gemelas, de tan iguales que son sus rostros; parecen copias o modelos de ti misma, de tal modo el dibujo de sus espaldas al de tus espaldas se asemeja, de tal modo el contorno de sus caderas es el contorno de tus caderas, de tal modo el concentrado fulgor de tus muslos se va atenuando — como en los tuyos — hasta el bramido latente de las piernas enjutas, de los tobillos más frágiles que muñecas. Y aquí estoy yo, ya en tu ciudad, días después de haber llegado, meses antes de haberte conocido, asistiendo a la cremación ritual de una serpiente: y eres tú, flanqueada por tus hermanas, la que se encuentra en la primera fila, dos o tres metros adelante de mi lugar.

Siento qué absurdo, qué irreparable puede ser seguir quemando minutos hojeando este álbum. Vuelvo a ponerlo en el estante, pero enseguida retiro otro del mismo estante, tan ávido estoy de más imágenes, tan incapaz de obedecer a lo que la razón me aconseja. Y comienzo a hojear este segundo álbum, no obstante, sin entender muy bien, al correr las primeras páginas, la formas que voy descubriendo. ¿Eres tú? ¿Soy yo? Es una intrincada confusión de brazos y de piernas, de nalgas, de flancos, de hombros y de pechos, de rodillas, de bocas, de cabellos, de pelos, de lunares... Reconozco

tus ojos de cuando en cuando. Reconozco, como telón de fondo, la colcha del diván: es el diván del *bungalow* de Fred. ¿Cómo fue posible que todo esto fuera fotografiado? ¿Y tan cerca, para colmo, como si una cámara invisible se hubiera instalado en tus hombros, en mis hombros, en los poros de nuestra piel, o planeado sobre nuestras cabezas, o arrastrado junto a nuestros pies? Nunca pensé que nos hubiéramos confundido tanto, que hubiéramos procurado tanto ser uno solo.

Y de repente el contenido del álbum se modifica. Son ahora fotografías de objetos, rincones, paisajes, sin ninguna presencia humana: ¡piedras, botellas, conchas, el entramado de una estera, un cenicero en el piso, el lomo de un libro, una pared, un techo, el reborde de una ventana, dunas bajo la lluvia, dunas bajo el Sol, montículos de bosque, cactus, lianas, mangas, arena, arena, arena, olas en torno de un arrecife, olas de alta rompiente, olas y olas en contraluz, sucesivas fases del desarrollo del Sol al encuentro de las aguas! Y siento que estamos más presentes, mucho más, en estas imágenes sin nadie, que en aquellas donde figuran nuestros cuerpos. Y siento que lo mejor de nosotros habrá quedado, sin saberlo, en aquello que juntos contemplamos. Siento, principalmente, que estamos ahora más unidos: anda por aquí cerca el perfume de tu piel...

Necesito encontrarte, reencontrarte. Pero comprendo, en un relámpago, sin siquiera volver los ojos hacia ella, que mientras tanto se cerró la puerta de hierro por donde entré, que no puedo volver atrás, que no puedo volver a arriba, que la única salida es esta tapa en el piso boquiabierta e inmovilizada en esta mueca de misterio que hay en todas las bocas hendidas en el suelo. Viene desde abajo una turbia claridad, una tibia humedad que atrae y que repele. Sin embargo, sé que no tengo otra salida. Tal vez por eso mismo dejé súbitamente de tener prisa.

Rodeo lentamente la tapa, me dirijo a la otra estantería. ¡Álbumes, más álbumes! Entre una y otra, en total son centenares de álbumes; deben ser millares, millones de fotografías. Retiro otro, al azar, del más alto de los estantes -y me siento en el piso, a hojearlo. Las primeras páginas parecen arrancadas de un tratado de obstetricia: imágenes e imágenes de los momentos de un parto; seguidamente, retratos y retratos de un recién nacido... El escalofrío de una sospecha me hiela los dedos hasta los huesos. Salto apresuradamente unas pocas hojas, y ya no tengo ninguna duda: es el reportaje fotográfico de mi propio nacimiento. Me reconozco ahora, con dos o tres meses, en una serie del todo igual a otra que existía en casa de mis padres. Y nueva serie de retratos -itambién muy conocida por mía!- en que me encuentro en el regazo de mi madre. Simplemente hubo aquí un truco miserable: mi madre

aparece, en todas estas fotografías, con tu rostro inquietante de joven mestiza.

¿De qué diabólica mistificación estoy siendo víctima? ¿Y por qué? ¿Para qué? ¿Y cuál es tu papel en todo esto?

Trato de reponer el álbum de donde lo saqué. Pero ya no está el espacio que había quedado desocupado: en el mismo lugar, está otro álbum que se distingue de los restantes por el impecable aspecto del lomo, mucho más rígido y brillante. Estoy seguro de que hace poco no estaba aquí. Y apenas levanto el brazo para retirarlo del estante -enseguida avanza lentamente al encuentro de mi mano, como si mi mano lo atrajese o alguna palanca lo empujase por detrás. Sólo en el último instante me decido a sostenerlo, cuando él ya va a despeñarse del estante. Está abierto delante de mis ojos. Pero no puede creer lo que estoy viendo: son fotografías recientísimas, atterradoramente instantáneas, todas de la noche de hoy.

Dentro de la camioneta, con las luces apagadas, medio ocultos por el follaje, seguimos a la espera de la señal. Al volante, Yokabu, con los ojos brillando intensamente en el rostro negro, es el único de nosotros que parece mantenerse calmado; yo estoy a su lado, levantando el receptor a la altura del oído, con una tensión que me contrae todos los músculos de la cara; y David y el sobrino de Fred,

en el asiento de atrás, ambos inclinados hacia adelante, tampoco se muestran más distendidos.

Ahora David y yo no encaminamos hacia las inmediaciones del cuartel, después de haber dejado a los otros en la camioneta. Ya tenemos junto a nosotros un tercer rostro: es el agente de enlace del «Grupo Delta»; él es quien nos va dando noticias de lo que sucede; él es quien nos saca las últimas ilusiones, mientras el desánimo y la desesperación nítidamente se leen en nuestras caras y por instantes nos paralizan. Pero ahí voy yo, solo, a inspeccionar los terrenos que se extienden al norte de la cerca, a ver si hay la posibilidad de alguna infiltración. Y después el retorno al lugar donde la camioneta debía haber quedado; y es mi expresión ansiosa y perpleja por el hecho de no encontrarla, de no ver a nadie, de conseguir, nuevamente, reunirme con los otros.

Esta, no hay duda, es la entrada principal que va a dar a la ciudad: se encuentra ya interceptada por dos camiones y unos pocos *jeeps*. Pero está el camino a través del bosque, oblicuamente en dirección al mar, más adelante bordeando las dunas: en torno, la vegetación por momentos tan alta que me permite caminar cómodamente de pie, por momentos tan baja que me obliga a avanzar arrastrándome. Se ven a lo lejos, de repente, las luces de las primeras viviendas. Entre ellas y el lugar a donde llegué se desdoblán apenas los toscos senderos del antiguo puerto, con

barracones abandonados y medio demolidos, con desventrados barriles de alquitrán, con los restos de un muro, más hacia la derecha, contorneando el cementerio de automóviles. Del lado opuesto, son las obras -desde hace mucho suspendidas- de la futura avenida de circunvalación; y el trazado, apenas esbozado, hasta ahora, de la continuación del barrio residencial, es justamente aquí que acaba muriendo, entre zanjas y charcos y montones de escombros.

Tengo un rasgón en los pantalones, manchas de lodo en todo el traje. Estoy de costado, pegado a una pared, junto a una esquina, y con el cuello medio doblado hacia la izquierda, en una tensión de expectativa, como si de ese lado llegase algún ruido sospechoso. La imagen siguiente parece haber sido tomada desde mucho más lejos: me encuentro exactamente en la misma posición, pero en tamaño reducido, en el lado derecho de la fotografía; y en el lado opuesto, en la otra esquina del trazado, están saliendo de un jeep cuatro tipos de casco, armados con ametralladoras.

Yo, corriendo. Sucesivas, barajadas imágenes de mi corrida. Y unas en que aparezco en primer plano, como si un teleobjetivo hubiera sido utilizado, otras en panorámica, donde se descubren los rostros de mis perseguidores. Tropiezo, caigo, me arrastro; me levanto de nuevo. Ya otra vez comencé a correr. Ya otra vez estoy

cayendo al suelo, de bruces, con los brazos extendidos hacia adelante: es la última fotografía del álbum.

Y miro hacia la estantería y veo que entretanto, en el más alto de los estantes, otro álbum ocupó el lugar, exactamente el mismo lugar, de éste que aún conservo en mis manos. Presiento que me bastará levantar el brazo para verlo también avanzar a mi encuentro; pero ni eso es necesario: sólo con observarlo de lejos un poco más, enseguida él, de entre los demás, rígidamente comienza a separarse - y he aquí que de lo alto se precipita, para caer a mis pies con un estrépito sordo.

Me arrodillo y me inclino sobre las hojas abiertas, a la espera de más revelaciones. Pero, al contrario de todos los otros, este álbum se encuentra aún intacto, sin siquiera una única fotografía pegada en sus páginas. Además, me resulta más intrigante el modo como éste y el anterior aparecieron aquí, el modo como ambos parecieron *empujados*... Y descubro, de repente, que tanto ésta como la otra estantería, de oscura madera barnizada, se disponen en torno a cilindros metálicos -que fuertemente las sujetan al techo, que seguramente las conectan al piso de arriba, que tal vez sean comandadas desde allí... Recuerdan, en la parte superior, periscopios de submarinos. Y comienzan ahora a moverse, en una lentísima rotación... ¡Y a seguir más de prisa, cada vez más de prisa! Y las estanterías comienzan a girar, a rodar, a rotar... Tan

vertiginosamente la velocidad va aumentando que ya algunos álbumes comienzan a ser proyectados, arrojados al suelo, lanzados contra las paredes; y ya otros se descoyuntan, se rompen, se despedazan, inclusive antes de salirse de los estantes... Con semejante ritmo, segundo a segundo más frenético, seguro que ninguno permanecerá en su lugar.

Me arrastro hasta este rincón, para ponerme a salvo de tan insólito bombardeo. Llego a pensar que quedaré enterrado bajo el extrañísimo aluvión de tantas imágenes de mi vida. Lo más curioso es que no tengo miedo. No sabría explicar por qué, pero hasta me parece justo que así sea. Lo que siento es frío, sobre todo frío, mucho frío; y más me arrebujo, a tiritar, con la cubierta del canapé. Las dos estanterías giratorias, alucinadamente transformadas en gigantescos molinetes, hicieron bajar aquí la temperatura de manera incalculable; y las hojas que vuelan en todas direcciones, que silban, que zumban, que se destrozan y entrechocan, parecen dar a este frío un coro suplementario de voces atormentadas.

Inexplicablemente, el rincón donde me acogí continúa siendo el más protegido de la caprichosa furia de los proyectiles. El escaparate de la vitrina acaba de ser destruido por dos o tres álbumes que le acertaron de lleno. Y el candelabro, alcanzado por otro volumen, fue brutalmente arrojado lejos, desparramando alrededor los dedos blancos, con las uñas largas de sus cuatro luces.

Dos de las velas se apagaron inmediatamente. Las restantes, una va rodando, aún encendida, en dirección a la vitrina; con el fuego de la otra ya comienza a arder un montón de hojas de álbum, inclusive por debajo de la estantería del lado izquierdo. Y ahora también el uniforme está en llamas.

Se diría que todo fue previamente impregnado de alguna materia inflamable, tal la rapidez con que los dos fuegos se propagaron. Por otro lado, mientras tanto, va decreciendo el movimiento giratorio de las estanterías. Al frío intenso de apenas recién, le sucede ya, en anchas olas, un sofocante remolino de calor. Algunos minutos más, y la atmósfera se tornará irrespirable. Se detuvo finalmente la estantería del lado izquierdo, totalmente convertida en enorme antorcha, casi desde el suelo hasta el techo. Tengo que buscar alcanzar la tapa por el otro lado: voy de rodillas, lo más rápido que puedo, a través de destrozos y torbellinos de humo, procurando asegurar alrededor de los hombros la cubierta del canapé. Pero cae una chispa sobre la cola de este manto improvisado — ¡y enseguida se transforma en la lengua de una llamarada! No hay otro remedio que dejarlo a la vorágine de las llamas. Completamente desnudo, me precipito hacia la tapa y me dejo deslizar a lo largo de una escalera de cuerda.

Tengo la impresión de haber caído en la bodega de un barco. Una linterna, colocada a un lado sobre una enorme pila de gruesas

cuerdas, derrama en torno su luz mortecina, que apenas consigue iluminar los ángulos del recinto. Y todo esto parece desmesurado, con lóbregas paredes abombadas, que hacia el fondo se van estrechando, como amoldadas interiormente al esqueleto de una embarcación. Huele a establo, a cuadra de cuartel, a enfermería; a almacén de comestibles; a bodega de vino, a lagar de aceite; a iglesia, a mercado, a andén de estación ferroviaria, a túnel de subterráneo. Huele a todos los lugares del mundo donde existe vida acumulada, y donde esa acumulación es ya un principio de putrefacción. Sin embargo, más allá de los cordajes y de la linterna, todo esto parece desierto.

Camino por una especie de corredor, exactamente en el medio, al fondo del extenso recinto. No se puede ver el techo; inclusive dejé de ver la tapa por donde entré. Y de un momento a otro, sin percibir por qué, me invade la sospecha de que voy a andar con la cabeza gacha, a lo largo del techo de una nave, en lo alto de una alta catedral. En ese caso, lo que *no* veo será al final el suelo; y estas paredes de piedra, que inclusive hasta hace poco parecían de hierro, en vez de estrecharse, más y más se abrirán a camino del suelo. ¿Aguantaré así por mucho tiempo? ¿O no falta mucho para que me despeñe? ¡Qué estupidez! Es apenas una tontería; y que felizmente no dura mucho. Ya vislumbro un arco, ¡una salida!, algunos metros más adelante.

Me encuentro ahora en un corredor de techo bajo — diría mejor un túnel —, cuyo suelo y cuyas paredes son totalmente iguales al techo — lisas superficies de madera lustrada — y que desciende, en rampa suave, según un amplio y casi imperceptible movimiento circular... Poco a poco, el movimiento se va tornando más acentuado, más apretado, más ceñido a un eje invisible. ¿Cuánto tiempo va a demorar el descenso de este espiral? ¿Cuánto tiempo hace que lo inicié? Me siento atontado nuevamente; pero es otra clase de atontamiento. Y me dejo seguir con los ojos cerrados, con el hombro derecho arrimado a la pared, con la mano izquierda levantada frente al rostro, con los pies adivinando un declive cada vez mayor -y la sensación de que voy rodando sobre mí mismo, hecho torbellino, hecho remolino, totalmente reducido a una náusea, un calambre, una caída.

Pero de repente se asientan los pies en terreno plano; y huye del hombro el apoyo de la pared. No sé qué extraña fuerza me impide caer; o si realmente me llegué a caer y ahora estoy de pie. Pero continúo, por algún tiempo, con los ojos cerrados. Cuando finalmente me decido a abrirlos, me encuentro otra vez en la sala del hogar.

Recién ahora me sorprende que tengas un hogar en tu casa. Nadie, por estos lugares, con este clima, pensaría en algo así. El hogar aún está ahí, en el fondo de la sala. Permanezco de espaldas

hacia la puerta de entrada, abarca con una mirada todo el aposento, vuelvo a familiarizarme con todo esto: los muebles oscuros, las paredes blancas; el canapé, las dos mesas, los dos baúles...

¡Allá está mi ropa encima de uno de los baúles! ¡Y la cubierta del canapé, toda arrugada, como la dejaron nuestros cuerpos! Y aquí está la pistola encima de la mesa. Y el candelabro de hierro, con cuatro velas intactas. ¿Tendré entonces que volver a empezar, continuar buscándote?

Pero la pistola fue utilizada: el caño se encuentra aún caliente; y faltan dos balas en el cargador. Ahí están las cápsulas caídas en el suelo. Y recién ahora, al levantarme, veo tu cuerpo extendido, ahí adelante, entre el hogar y el canapé.

¿De dónde viene esa música? ¡Ah!, sí, la radio... ¿En mi ausencia la habrás encendido? ¿O fue sólo en este instante que comenzó a funcionar? Es un fragmento de música sacra. ¿Una cantata? ¿Un oratorio? Sea lo que fuere, es suficiente que sepa que moriste: y que las dos balas estarán en tu cuerpo. Acostada de espaldas, con los ojos abiertos, los brazos abiertos, la boca entreabierta, tienes dos hilos de sangre -que paralelos parten del cuello- que te subrayarán después el contorno de cada seno.

Ya estoy arrodillado a tu lado. Ahora comprendo que se compare con el color de ébano el color de cabellos como los tuyos, que se compare al color del ámbar el color que tiene tu piel. Y digo «ámbar», para ver si te despierto; y digo «ébano», para ver si te conmuevo. Te miro los labios: digo «fresa». Te miro los pechos: y digo «noche», «noche cerrada» en cada uno. Te miro el sexo: repito «noche», una vez más.

Mientras tanto, en la radio, cesó el fragmento de música sacra. Se escucha ahora la voz de un locutor que lee un comunicado oficial. Dominada la revuelta. Calma absoluta en todo el territorio. Hechos prisioneros los principales cabecillas de la rebelión. A excepción de uno que tuvo que ser abatido, cuando, en fuga, procuraba alcanzar la ciudad.

Y finalmente me acuesto a tu lado. No sé bien si a tu lado o dentro de ti.

(1968)

Fuente: Mourão-Ferreira, David. *Os amantes e outros contos*. 3^a ed. Lisboa: Dom Quixote, 1981. p. 138-159.